

FORTALEZA NACIONAL*

Claudio Collados Núñez

INTRODUCCIÓN

En el último seminario organizado por el Centro de Estudios Estratégicos de la Armada, en julio pasado, se destacó ampliamente por parte de los expositores y panelistas su convicción de que, por sobre todas las situaciones de orden económico en el ámbito de la Cuenca del Pacífico, era perceptible la creciente gravitación del factor identidad nacional en el rumbo de las evoluciones de los actores políticos del área.

Es por eso que se ha estimado conveniente abrir este nuevo seminario sobre Política de Defensa, esbozando el esquema general de áreas que conforman el quehacer nacional en cada país, con el propósito de diseñar una perspectiva que destaque, junto al rol fundamental de la defensa nacional como acción protectora, el de la identidad nacional, inserta en aquella otra actividad de carácter precautorio, como es la fortaleza nacional. Complementariamente, analizar las vinculaciones entre estas dos actividades que en su conjunto delimitan la seguridad nacional, entre sí y con respecto a los diferentes factores que concurren al desarrollo nacional. Todo ello para poder visualizar más claramente el quehacer nacional en su real integridad, evitando que su propia complejidad impida reconocer las particularidades de cada una de las principales actividades que convergen a la satisfacción de las variadas aspiracio-

nes que engloba el amplio concepto de interés nacional.

Es desde esta perspectiva que se expone un esquema general de actividades del quehacer nacional, las que aparecen dispuestas en torno a los principales polos de atracción que constituyen las principales metas que conforman el interés nacional.

El esquema de actividades que se presenta no ahonda en el tema del contenido ni la elaboración de tales políticas; tampoco incursiona mayormente en el campo de las instituciones que las promueven, implementan o regulan.

ESQUEMA DE ACTIVIDADES NACIONALES

Es de interés acotar, inicialmente, el campo de tales actividades; esto es, señalar que se trata de aquellas que son desarrolladas por las fuerzas dinámicas propias de los miembros de un Estado-Nación, esa entidad político-jurídica constituida esencialmente por tres elementos: Un suelo patrio, una nación que lo habita y una organización política autónoma y soberana que lo define y sostiene como un actor del sistema político internacional, el que, a su vez, lo reconoce como tal y acepta como uno de sus pares.

El suelo patrio o territorio nacional es un elemento consubstancial del Estado; sin territorio no hay Estado. Por otra parte, el territorio nacional no es simplemente un terreno sobre el

* Ponencia presentada por el autor bajo el título "Defensa, desarrollo, identidad y fortaleza nacionales (Aproximación a un esquema de las grandes áreas que conforman el quehacer nacional)", en el Seminario Política de Defensa, organizado en Santiago por el Centro de Estudios Estratégicos de la Armada con la colaboración de la Universidad del Pacífico y llevado a cabo los días 6 y 7 de octubre de 1993.

cual vive una población; es un suelo que asienta a una nación constituida en entidad política y es ese territorio nacional el que marca y delimita el ámbito jurisdiccional del Estado, esto es, su soberanía. Es por esto que el territorio nacional es un elemento político y las condiciones en que es manejado por la nación y por el Estado afectan a la soberanía; si sufre amputaciones, no sólo se pierden superficies, sino que se reduce el ámbito de la soberanía nacional; aún más, si pierde valor en su calidad geológica, agraria, acuática, ambiental, también sufre mengua la soberanía nacional, reduciéndose el poder político de todos, y el que podamos legar a las generaciones futuras. El tratamiento al suelo patrio tiene así, por esta connotación política, más que un sentido meramente patrimonial, aspecto este último que, por lo demás, está siendo relativamente depreciado por el impacto de ciertas tendencias económicas que enfatizan el carácter transformador del proceso productivo, en el que el factor fundamental es el valor agregado, desplazando por mucho al tradicional de la materia prima, que es el factor productivo más vinculado a la extensión del territorio¹.

Frente a tal subvaloración económica hay que destacar, aún más, que el territorio nacional es un signo real de soberanía e incluso, dada la conformación comunitaria de la nación, toca también a la estructura democrática del Estado, por lo que todo lo que le sea pertinente requiere de una máxima participación ciudadana. De aquí el delicado tratamiento —reservado, pero no exento de aquiescencia popular— que requieren los asuntos de fronteras y límites; también explica la inflexible defensa que hace el Estado de sus límites históricos y el desenfrenado esfuerzo de comunidades que quieren definir su futuro como nación en base al territorio que logren mantener bajo su dominio². La nación no es, por su parte, una simple comunidad humana, sino aquella tan especial

para cada uno de los que la conforman, que es como su gran familia, y que, por lo mismo, y pese a su considerable dimensión poblacional, le es intelectual y sentimentalmente perceptible como un todo único y propio en el que se siente del todo grato y que, por su conformación étnica relativamente homogénea, le acoge con calidez; que es receptiva en sus aperturas culturales, sin exponerse a perder sus arraigados rasgos distintivos; que es integradora de todos los aportes decantados a lo largo de su trayectoria histórica y que, por sobre todo, es atrayente en su proyección futura³. La nación no sólo le permite a cada uno de sus miembros realizarse como persona, sino que es, frente a cualquier otra, la comunidad más propicia para ello⁴.

La organización política es el tercer elemento del Estado; el que le da su fisonomía soberana, determinando el grado de autonomía en lo interno y de independencia en el marco internacional, y el que define el grado de rigidez o flexibilidad de su autodeterminación y le provee el marco estructural indispensable para cumplir las aspiraciones de la nación, de la cual recibe su mandato y su rol autoritario y a la cual debe darle libertad, seguridad y desarrollo.

Así, suelo patrio, nación y soberanía concurren a la constitución del Estado-Nación, la entidad político-jurídica históricamente más efectiva para satisfacer el bien común de un cuerpo social constituido en nación, comunidad, a su vez, ya señalada como la más propicia para la realización individual de toda persona; sin embargo, el Estado-Nación, actualmente, debe enfrentar las tendencias de base económica que insisten en constituir amplias integraciones que faciliten el funcionamiento del mercado, aunque para ello haya que establecer prácticamente gigantescas comunidades políticas de problemática funcionalidad como entidades que respalden efectivamente

¹ Casos ejemplares son, al respecto, Singapur y Hong Kong, considerados verdaderos “tigres económicos”, siendo, de hecho, sólo un par de ciudades.

² Ejemplo de lo primero son la histórica controversia entre España y Gran Bretaña por Gibraltar, y la de Japón frente a Rusia por las islas Kuriles; de lo segundo, las duras luchas en Nagorno-Karabaj entre armenios y azeríes, y en Bosnia, entre croatas, serbios y musulmanes.

³ La necesidad individual de protección, supervivencia y complementos de sus limitaciones personales lo capacitan para encontrarle significado a la identidad nacional, para confiar a una dirección nacional la tarea de asegurarlos y de mantener la pertenencia a la nación como un valor lo suficientemente fuerte para ser considerado como interés personal.

Fundamentos de sociología política, Irving L. Horowitz, p. 555.

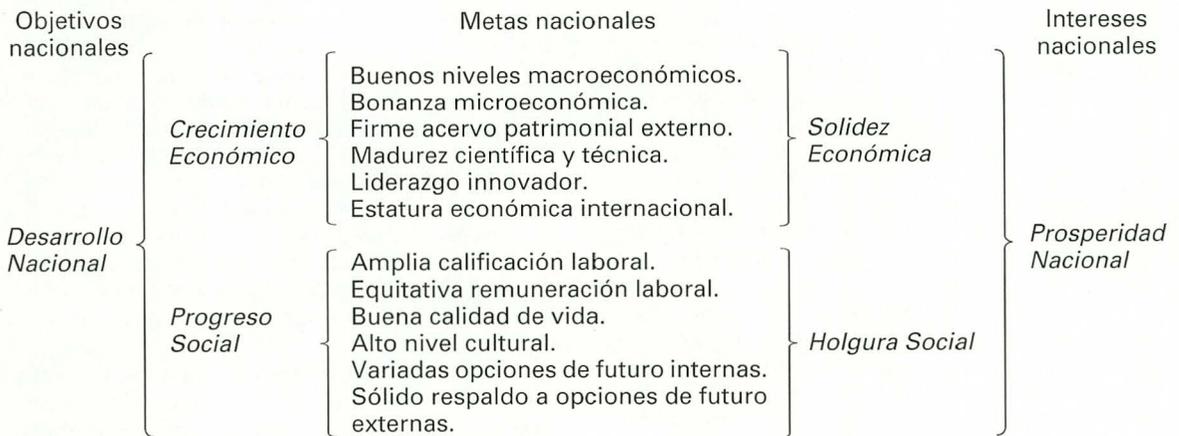
⁴ “La nación auténtica es, probablemente, el grupo humano de gran tamaño más estable y coherente que ha producido hasta ahora la evolución social”, *Diccionario de Sociología*, Henry Pratt Fairchild, p. 196.

las particularidades culturales de sus diferentes naciones.

En este marco conceptual, el esquema considera que las actividades nacionales se plasman fundamentalmente en dos grandes áreas: Seguridad y desarrollo. A su vez, cada una de estas dos áreas consta de dos ámbitos menores; en la seguridad están la defensa y la fortaleza, y en el desarrollo el crecimiento económico y el progreso social.

Es del caso describir ahora, muy esquemáticamente, el concepto de desarrollo, para determinar luego en qué áreas hay nexos más directos con las ya mencionadas componentes de la seguridad y así poder establecer el grado de complementación o de exclusión entre ellas, toda vez que tales lazos muchas veces son establecidos *a priori*, más bien con visos de dogmatismo que de racionalidad.

DESARROLLO NACIONAL



El desarrollo, cuya meta es la prosperidad nacional, evidencia dos pilares fundamentales; el primero es el "crecimiento económico", evaluado en términos de tendencias crecientes en producción, consumo, ahorro, inversión y competitividad; tal pilar se refleja en índices e indicios tales como: Buenos niveles macroeconómicos, bonanza microeconómica, firme acervo patrimonial externo, madurez científica y técnica, liderazgo innovador y estatura económica internacional, todo lo cual se resume en el valor "solidez económica".

El segundo pilar es el "progreso social", evaluado en términos de relativo auge del factor "componente humano vinculado al trabajo" y se refleja en aspectos como: Alto nivel de calificación laboral; equitativa retribución de la productividad; generalizada vigencia en la fuerza laboral, según sus niveles de productividad, de una buena calidad de vida, la que incluye, en todo caso, un alto nivel cultural y un variado abanico de opciones de futuro, tanto individual como familiar; todo lo anterior, resumido en el concepto "holgura social".

SEGURIDAD NACIONAL

La entendemos constituida por defensa y fortaleza.

En torno a tales conceptos cabe hilvanar consideraciones que permitan vislumbrar correlaciones que sirvan para establecer no sólo las diferencias que las distinguen sino las vinculaciones que las unen.

Defensa nacional

Es del caso considerar que el campo de la seguridad incluye naturalmente el de la defensa. De ambas, el concepto más conocido es el de defensa nacional, entendido como la condición que, a través del resguardo de la integridad territorial en su vasta expresión tridimensional e incluyendo la libre, expedita y segura vinculación nacional e internacional, redunda no sólo en un territorio intacto e indemne, sino que, por lo mismo, es la salvaguardia de la vida de sus habitantes y permite, además, el más pleno ejercicio de la soberanía nacional.



La defensa nacional, tanto en su aspecto meramente territorial como en su aspecto vinculación física interna y externa, tiene particularidades que son absolutamente propias para cada Estado, lo que establece parámetros de orden político-estratégico totalmente diferentes para cada país. En cada caso particular, la situación geográfica y la configuración territorial específicas, así como las vinculaciones históricas y las correlaciones de poder, plantean condicionantes que son especialmente exigentes y deben ser debidamente consideradas al evaluar los requerimientos defensivos que esas circunstancias determinan.

De aquí que aquellos preconditionamientos que plantean equilibrios defensivos vecinales, relativos a contingente, equipamiento militar y presupuesto, los que son formulados muchas veces en base a simples cálculos aritméticos —absolutos o proporcionales— resultan inevitablemente equivocados y, por tratarse de asuntos que dan margen a situaciones irreversibles, son de una peligrosidad tan alta que se hace difícil darles el crédito de la objetividad, requisito indispensable para determinar decisiones políticas de tanta trascendencia.

En este sentido, la formulación de una po-

lítica de defensa clara y realista es una responsabilidad primaria de la conducción del Estado al más alto nivel político nacional; su oportuna y más permanente vigencia, con el carácter de "política de Estado", es fundamental para la conformación, alistamiento y entrenamiento de las fuerzas terrestres, navales y aéreas que satisfacen el modelo político-estratégico puesto en vigor.

El presente seminario se refiere precisamente a este tema, por lo que en esta ponencia introductoria no se abundará mayormente al respecto.

Fortaleza nacional

Para completar el concepto de seguridad nacional, de suyo complejo, hay que considerar que la conforma, además de la ya mencionada y consubstancial defensa nacional, la fortaleza nacional, entendida como la condición nacional que previene y supera situaciones críticas, de origen externo o interno, que pudieran poner en grave riesgo elementos constitutivos del Estado-Nación, incluyendo aspectos como la preservación del territorio en sus condiciones normales, la supervivencia poblacional, la solidez

de la nación en sus rasgos esenciales y la soberana marcha institucional del Estado. Los elementos componentes de la fortaleza tienden todos a reducir las vulnerabilidades nacionales e incluyen numerosas facetas, siendo las más relevantes: Prevenir y contrarrestar la acción de agentes, naturales o artificiales, especialmente externos, críticamente deteriorantes de un ambiente sano⁵; promover el más amplio y descentralizado poblamiento territorial⁶; proteger un efectivo equilibrio ecológico⁷; propiciar el debido resguardo de recursos considerados estratégicos; garantizar el orden y la seguridad públicos; prevenir que el desenvolvimiento del comercio exterior, tanto de importación como de exportación, en rubros de gran trascendencia económico-social, pueda afectar el empleo y las remuneraciones básicas de grandes sectores laborales, y también precaver el desabastecimiento de productos esenciales para la subsistencia poblacional⁸. Además, y por sobre todo, lograr una armónica articulación de la "nación en forma", es decir, madurada en su propia experiencia y ampliamente conteste en sus valores y principios básicos, conocedora y respetuosa de su pasado y de su cultura, solidaria en su dimensión presente y comprometida en forjar un destino común, a través de una cohesionada convivencia social y una efectiva participación en el ejercicio de la soberanía.

La especificidad y cuantía de los elementos de fortaleza presentes en cada situación y las correspondientes orientaciones para su empleo, se derivan del modelo "político-precautorio", concepto básico de planificación que, en base a un paradigma teórico, establece modos para satisfacer sus objetivos. Una técnica de aplicación práctica es la "evaluación precautoria de proyectos", procedimiento muy similar a la evaluación social de proyectos, con paráme-

tros que en este caso están dados por los índices propios de cada factor componente de la fortaleza nacional.

En este sentido, la evaluación precautoria permite apreciar en qué medida las opciones políticas, económicas, sociales, culturales, diplomáticas, militares o administrativas que se ventilan en cada caso, satisfacen los parámetros de la fortaleza frente a los más clásicos del modelo político-económico —que privilegia el más alto crecimiento— o los del modelo político-social, que da preeminencia al progreso social vinculado al mundo laboral-profesional, en aspectos como el empleo, remuneraciones, previsión, condiciones de trabajo, o capacitación y transferencia de tecnología.

Este análisis precautorio es aplicable a las evaluaciones sobre el ambiente, en términos ecológicos, de erosión, deforestación, depredación, contaminación, etc., así como también es aplicable, entre otros, al desarrollo equilibrado del país en términos territoriales, lo que lleva implícita la regionalización; a las trabas graves al comercio exterior; a las presiones migratorias; a la estabilidad general de Estados con los que hay estrechos vínculos; a la seguridad ciudadana y a la debida consideración de la identidad nacional en las modalidades y contenidos de la educación, los deportes, la recreación y el acceso a la cultura.

Hay muchos casos dignos de ser sometidos al esclarecedor escrutinio de los modelos anteriormente señalados, agregando a ellos, por supuesto, el modelo político-estratégico, que es el que orienta los aspectos de defensa; entre tales casos de eventual consideración por estos cuatro modelos, está, por ejemplo, la colonización en áreas remotas, tanto continentales como marítimas, las que, a juicio de las evaluaciones económicas o de progreso social,

⁵ Es, para Chile, entre otros, el caso de los ensayos nucleares franceses en Mururoa; el proyecto argentino de depósito de desechos radiactivos en Gastre, muy cerca de nuestra frontera, y el eventual cruce por nuestras aguas jurisdiccionales de la nave japonesa *Akatsuki Maru*, con un cargamento de plutonio.

⁶ Casos de los apoyos tributarios y arancelarios para regiones extremas en Tierra del Fuego y en isla Navarino.

⁷ Casos de recursos de protección presentados por la construcción de la central hidroeléctrica de Pangue en la cuenca del río Bío-Bío.

⁸ Caso de las uvas envenenadas, que pudo ser una calamidad económica de amplias repercusiones sociales; caso de la restricción, sin aviso oportuno, al ingreso de manzanas a la CEE. Casos del gasoducto y oleoducto transandinos y la dependencia que crean. También puede ser la disponibilidad, a futuro, de agua potable, elemento que se anticipa será crítico en el siglo XXI y su repercusión sobre la importancia de los cursos de agua fronterizos y de los glaciares, como los antárticos y los del Campo de Hielos Sur. En cuanto a la agricultura, el especialista Jacques Chonchol declaró (*El Mercurio*, 28/8/93): "Hoy día, nadie en el mundo, en países desarrollados o en desarrollo, va a aceptar una apertura total de fronteras y un liberalismo total para productos agrícolas foráneos, porque eso significa condenar a la desaparición y a la quiebra a miles de productores que no son tan eficientes ni modernizados, pero que constituyen elementos fundamentales del tejido vital del país".

puede que no tengan ventajas suficientes, pero sí las pueden tener, en cambio, desde el punto de vista de la fortaleza o de la defensa. Lo mismo ocurre con las obras de infraestructura en general, pero particularmente con todo lo relacionado con vías de transporte y las telecomunicaciones, cuya importancia para estas últimas es relevante.

En la medida que estos factores alcancen una evidente solidez, la fortaleza —sea mediante la prevención, pero también con su participación en el manejo de situaciones de crisis— podrá contribuir en muy alto grado a proveer seguridad, por supuesto, junto a la defensa, que, en tales casos, mantendrá su indispensable y eficaz rol disuasivo. Por el contrario, si tales factores de la fortaleza acusan deficiencias, pueden debilitar la urdimbre sociopolítica de la nación, disminuyendo su capacidad de reacción ante amenazas a intereses constitutivos del bien común, llegando con ello a afectar gravemente a la seguridad nacional.

Es por eso que hay que tener conciencia de la necesidad de tonificar a la fortaleza y, para ello, uno de los factores más eficaces, particularmente en una sociedad política en la que impera un sistema democrático de gobierno, es la motivación de su población para valorar su patrimonio nacional, su calidad de vida, los rasgos étnico-culturales que la constituyen como nación y, por supuesto, al propio Estado, que resguarda y regula todo lo anterior.

Desde este punto de vista constituyen indicadores importantes de fortaleza nacional, tanto la eliminación de los focos marginales críticos como el normal desarrollo de la vida social en comunidades rurales y de barrio, sin vacíos graves de seguridad ciudadana, sin carestías de artículos de consumo esencial y sin el fantasma de un desempleo crítico. Si lo anterior es superado, trae como consecuencia un efectivo respaldo popular a los intereses nacionales más permanentes, lo que se proyecta externamente a través de una sólida imagen internacional digna de respeto y de emulación, e implica, por lo mismo, una merma apreciable de amenazas foráneas, incrementando indirectamente la seguridad nacional.

Estudiar esas situaciones y estimular tales conductas cívicas es parte de las actividades de la fortaleza, de suyo centrada en promover el

surgimiento y consolidación de una conciencia nacional que reconozca con orgullo sus auténticos rasgos y pueda, a su vez, impulsar una firme vocación nacional dispuesta a lograr condiciones de seguridad y desarrollo suficientes para que la nación perviva y progrese según sus fecundas potencialidades.

No obstante, las tendencias de la modernidad que tanto enfatizan la libertad individual y la preeminencia del criterio propio, pueden llevar a la sociedad hacia su atomización y desorientación, dejando a cada persona expuesta a verse compelida por sus burdas apetencias y sus más irreflexivas inclinaciones. Los núcleos sociales básicos, tales como la familia, la escuela y la comunidad local, aunque en menor medida, quedan también expuestas a similares presiones disociadoras; sin embargo, la nación y sus instituciones fundamentales, por haber absorbido y consolidado la suma de valores y principios que tales núcleos vitales le han transferido a lo largo de su trayectoria histórica, constituyen la reserva moral que resguarda a la comunidad toda, frente a esa eventual desaparición cultural, insensata y sin destino⁹.

La pertenencia a una nación es, por lo mismo, una necesidad psicológica imperiosa y no un resabio arcaico, como lo presentan quienes levantan ante el ciudadano común el ominoso fantasma de compromisos y responsabilidades enajenantes. De aquí que la identidad nacional, conscientemente reconocida y debidamente apreciada, es un signo de madurez que enriquece al ciudadano, afirmándole su personalidad y asegurándole un lugar digno en el seno de la comunidad, entorno en el cual le corresponderá, con la más alta probabilidad, realizar su propio destino.

Por lo demás, la identidad nacional, elemento fundamental de la fortaleza, radica su fuerza en el impulso anímico de todos los miembros de la nación; al fundirse comunitariamente, este aliento da margen, en lo intelectual, a la conciencia nacional, que consiste en reconocer que se pertenece a una comunidad étnico-cultural; en lo afectivo, al sentimiento nacional, esa sensibilidad para captar y sentirse interpretado por las manifestaciones del espíritu nacional, y, en lo volitivo, a la vocación nacional, que respalda, a través del Estado, un específico modelo de convivencia interna e

⁹ "La nación es el pueblo que, consciente de una cierta comunidad de origen, de cultura y sobre todo de interés, tiende a objetivizar su unidad, a darle una individualidad personal a los ojos de sus miembros, a representarla ante sí y ante los otros con el fin de poder orientarse en total independencia hacia su destino", G. Fessard, *Pax Nostra*, París, 1936 (citado por R. Aron en *Paz y guerra entre las naciones*, p. 869).

internacional¹⁰. De esta forma, toda la personalidad individual queda impregnada de lo nacional y ello se refleja en la aceptación natural de los valores y principios que, a través del sentido común, orientan el proceder de todos los miembros de la comunidad; además, ello se hace evidente en el carácter nacional, que es un sello distintivo de fraternidad, así como en la asimilada y promovida cultura nacional, que impulsa, a través del idioma, la historia, la filosofía, las costumbres, las tradiciones, los símbolos, las artes, el derecho y la religión las más propias y auténticas expresiones del pensar, del sentir y del actuar de cuantos integran la nación¹¹.

La identidad nacional tiene así una potencialidad cohesionante tan alta que cualquier estímulo que logre tocar alguna de sus más sensibles fibras, activa con fuerza al cuerpo social, pudiendo alcanzar logros de gran trascendencia. Esta particularidad ha dado margen a manipulaciones de la vocación nacional a través de estímulos al sentimiento nacional o de influencias sobre la conciencia nacional, o por ambos métodos. Las de efecto más permanente son las que acceden por medio del intelecto a la conciencia nacional y se han canalizado históricamente a través del nacionalismo, corriente ideológica que exalta la significación de la nación, alcanzando a veces límites tan

desmesurados que prácticamente la deifican¹². Esta ideología, cuando alcanza tales extremos, es fuertemente resistida, porque puede arrastrar a situaciones intolerables para la dignidad humana, si logra imponer coyunturalmente sus designios maximalistas. Es el caso del nacionalsocialismo alemán, que asoció su nacionalismo a la xenofobia racista, y del fascismo italiano, que vinculó su nacionalismo a la preeminencia incontrarrestable del Estado. Como efecto de estas distorsiones, se ha visto debilitado injustamente el fenómeno nación, el que, además, sufre el embate de otros ideologismos, particularmente de aquellos a los que la unidad de la nación les dificulta su afán universalista, a pesar de ser ésta, en su forma social pura, esencialmente inocua¹³. Tal ha sido el caso del comunismo o del liberalismo y, en general, de todas aquellas corrientes con proyección transnacional, sean de carácter político, económico o religioso¹⁴. En este último caso se ha descalificado al nacionalismo excesivo, no así al moderado, dando margen a interpretaciones muy subjetivas que, en la práctica, tildan de nacionalismo exagerado cualquier asomo de identidad nacional¹⁵.

Tales descalificaciones al nacionalismo cuando actúa como fuerza ideológica desorbitada, no pueden en absoluto ser válidas para la identidad nacional, que sólo refleja el fenómeno

¹⁰ El Estado no puede ser neutro en relación a todos los valores, sin que se degrade en un puro instrumento de administración. Pasa a ser expresión y servidor de la única vocación que la nación debe seguir en este mundo. De una manera más o menos clara, por "vocación nacional" se sobreentiende un determinado concepto del régimen, cuando no del gobierno. "De la misma manera, los ciudadanos se sienten autorizados a violar su juramento de fidelidad cuando una revolución trastorna las instituciones hasta el punto que la vocación nacional cambia de sentido". Raymond Aron. *Paz y guerra entre las naciones*, p. 446.

¹¹ "¿No observa Ud. una identidad más fuerte en Rusia y los países del Este, en comparación con el mundo occidental?... parece que en Occidente cada vez sabemos menos quienes somos. Quizás ellos viven el caos, pero saben muy bien quienes son". "Tal vez sea así. Si la identidad no está construida sobre la metafísica y la religión, no tiene fuerza". Diálogo Antúnez-Ionesco (*El Mercurio*, 26-9-93).

¹² "El nacionalismo es una concepción teórica y una actividad práctica que tiende a sobrevalorar la nación y hacer de ello un principio étnico-político absoluto, dominante y negativo". Luigi Sturzo en *Nacionalismo e Internacionalismo*, p. 29.

¹³ "El sentimiento nacional —aunque se manifieste con frecuencia como oposición a la conciencia nacional de los grupos vecinos— no es, en principio, dominador; está dispuesto a respetar los sentimientos de esos grupos. Tal era la tesis de los promotores del movimiento de las 'nacionalidades' en el siglo XIX. El respeto mutuo era posible en la medida en que el movimiento se proponía dar al Estado una base nacional. Esta última es la expresión usada por el Presidente Wilson en su *Catorce Puntos*". *Introducción a la Política Internacional*, Pierre Renouvin, pp. 240.

¹⁴ Las fuerzas transnacionales que por naturaleza se oponen a una firme identidad nacional han empleado toda su influencia para cuestionar cualquier indicio de ella, tildándola de nacionalismo, ideología que han descalificado previamente, fundamentalmente por el desquiciado comportamiento del nacionalsocialismo alemán bajo la conducción de Hitler.

¹⁵ Pío XI distingue entre nacionalismo moderado, que es el que da una equitativa valoración a los intereses del país propio, del nacionalismo excesivo, que genera injusticias e iniquidades.

nación, respetable realidad objetiva de orden étnico-cultural que sigue siendo la entidad social más adecuada para dar a la persona humana el entorno apropiado para su desarrollo integral, incluyendo su perfeccionamiento espiritual.

Relaciones defensa-fortaleza

Cuando el desarrollo de la conciencia nacional se traduce en una mayor fortaleza, la vocación nacional busca proteger la enaltecida estatura política, económica, social y cultural del Estado-Nación, y esta predisposición se convierte en un factor propicio para apreciar debidamente el valor de la seguridad nacional; este respaldo facilita que todos los nacionales, en la medida de sus capacidades, aporten sin reticencias aquellos recursos humanos y materiales que un eficiente aparato del Estado requiere para elaborar y activar su política de seguridad y, con ella, por cierto, la de defensa, que es su pivote esencial.

Recíprocamente, las actividades de defensa inciden, las más de las veces, en muchas áreas de la fortaleza, especialmente como derivación de sus actividades de entrenamiento y alistamiento, y a través de su motivación a la ciudadanía para asumir sus responsabilidades patrióticas.

En general, la defensa actúa con poder disuasivo o activo frente a las amenazas; la fortaleza es de índole más precautoria y se enfrenta a potenciales vulnerabilidades propias y a eventuales desafíos del entorno.

Concepto integral de seguridad nacional

En resumen, en la base del concepto de seguridad nacional está el Estado-Nación, entendido como el núcleo de poder político que integra la estructura del sistema internacional y que es la entidad político-jurídica que defiende y sostiene a la nación; de aquí que su permanencia sea el primer y más importante interés nacional. Toda nación políticamente organizada no hace sino lo que no puede menos de hacer: Lograr la permanencia del Estado que la protege y representa¹⁶.

Para ello debe, a su vez, preservar su propio territorio, su población y su identidad política y cultural, frente al deterioro o usurpación

de ellos por parte de otros Estados o su degradación por el embate de fuerzas naturales que erosionan o destruyen su patrimonio o, más peligroso aún, por la acción de las fuerzas transnacionales disociadoras de su identidad nacional.

Sin embargo, siendo el Estado-Nación un resultado histórico de una evolución social y cultural dada, no es absolutamente estático y definitivo; es posible que asimilaciones étnico-culturales y económicas, impulsadas por afinidades crecientes, fusionen dos o más naciones en una sola, siendo muy probable que esa nueva nación constituya naturalmente un nuevo Estado-Nación. También es posible lo contrario, esto es, que ocurran desarticulaciones étnico-culturales en una nación mal vertebrada, disociándola en dos o más comunidades, siendo factible que cada una de ellas logre estructurar un Estado-Nación independiente.

No obstante, siendo de la índole de la nación constituir el ámbito socio-cultural más propicio para la plena realización de todas y cada una de las personas que la integran, pueden surgir presiones de minorías o presiones supranacionales de carácter ideológico, económico o religioso, para ampliar la base social de una comunidad o alterar su patrimonio cultural, todo lo cual tienda a su progresiva disolución; en tales casos hay un alto riesgo de perder irreversiblemente, por precipitación, desinformación o desaprensión, el perfil socio-cultural decantado históricamente y que es esencial para que perviva el ser nacional.

Si tales presiones fueren inoportunamente anticipadas o de carácter compulsivo, comprometen la autonomía nacional, e incluso la independencia, pudiendo los pueblos afectados por ello trocar su normalmente ponderado y contemporizador espíritu nacional en un fervoroso y resolutivo espíritu patriótico, intransablemente renuente al cambio pretendido¹⁷.

Esta natural sustentación del Estado-Nación es la esencia de la seguridad nacional; siendo ésta, como es, una derivación lógica del trascendental fenómeno social denominado nación, el que, a su vez, ha dado vida a esa eficaz fórmula sociopolítica que es el Estado, que la sustenta en la búsqueda de la felicidad de su pueblo, es natural que deban ambos ser

¹⁶ "Es impensable que un estadista no sitúe la seguridad en el primer plano de sus preocupaciones, sobre todo si su Estado es un Estado- Nación".

Introducción a la Política Internacional, Jean B. Durosselle, p. 367.

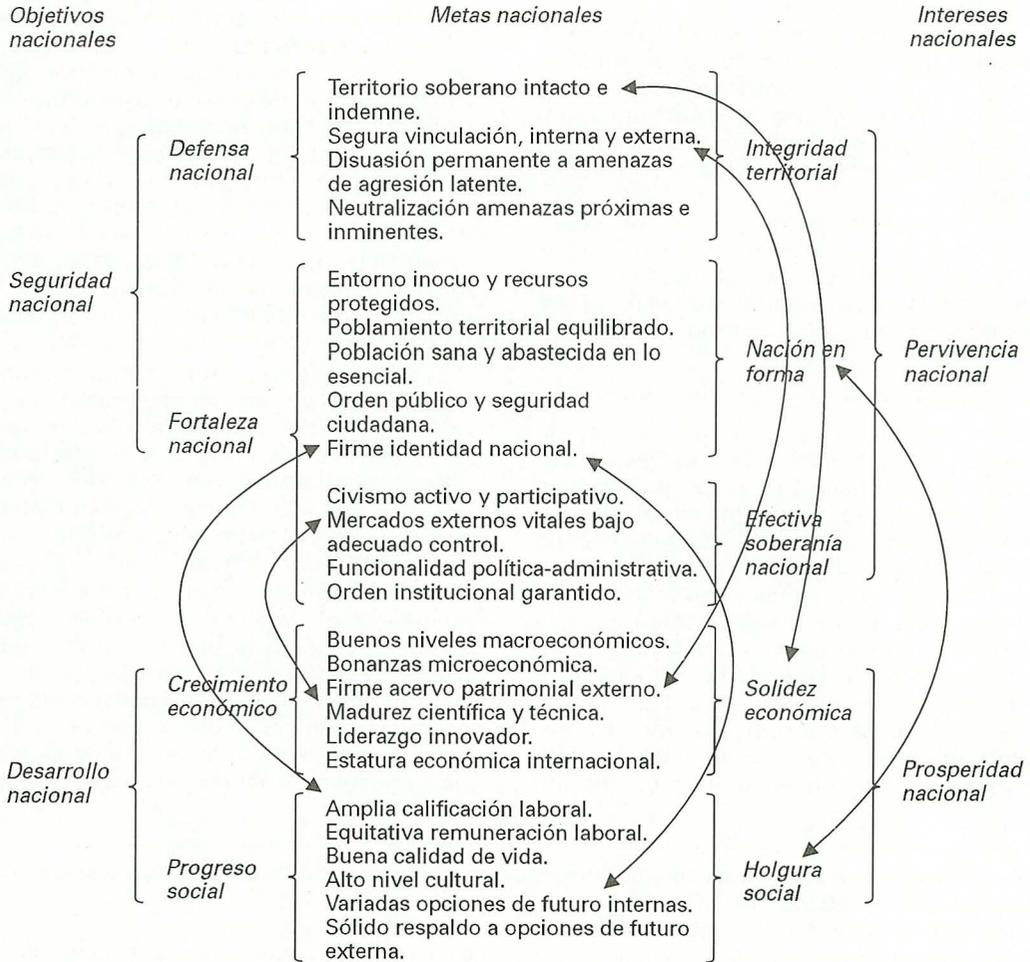
¹⁷ Caso de Bosnia-Herzegovina, que viviendo pacíficamente durante años se destroza en una guerra interna por defender autonomías que han existido históricamente.

protegidos. De aquí que nada hay en ella de abyecto ni de censurable; la acciona el más profundo respeto a valores de altísimo rango humano, y sus requerimientos para enfrentar en buen pie desafíos planteados, ya sea como situaciones de riesgo, de tensión, de crisis o de guerra, obligan a todos los nacionales por igual, sin perjuicio de que cada Estado funde instituciones especialmente dedicadas a la dura tarea de dar protección permanente a sus elementos esenciales.

En la medida que este concepto sea depurado de aquellas salpicaduras que tanto daño adicional han hecho a países convulsionados

por crisis de identidad nacional, las que pueden haber llegado a afectar su imagen internacional y a deteriorar inaceptablemente la autoestima de sus miembros, que en muchos casos aún conviven zaheridos por los resabios de esas mismas convulsiones, se estará posibilitando que esta meta esencial del quehacer nacional recupere la consideración que se merece y los pueblos que logren liberarse de tales traumas del pasado puedan así ordenar racionalmente el esquema de sus respetables actividades, asignando las prioridades naturales que una objetiva estimación de los factores en juego mejor determine.

VINCULACIONES ENTRE SEGURIDAD Y DESARROLLO



Definidos ya los conceptos de seguridad y sus componentes, defensa y fortaleza, y el de desarrollo y sus componentes, crecimiento económico y progreso social, podemos efectuar un somero análisis de sus vinculaciones para determinar así, más detalladamente, sus puntos de contacto.

El pilar “crecimiento económico” y su efecto “solidez económica” se vinculan al elemento defensa por vía de la disponibilidad de los recursos naturales que ésta, a través de la efectiva integridad territorial y el correspondiente respaldo jurisdiccional, pone a disposición del proceso de producción de bienes y servicios; también se relacionan ambos por vía de la más expedita vinculación nacional e internacional que, debidamente resguardada por la defensa, permite el indispensable flujo comercial que debe cerrar el ciclo productivo. En términos complementarios, hay una vinculación más puntual en la no despreciable demanda castrense de bienes y servicios de alto valor agregado, así como la propia producción de la industria militar, que induce no sólo procesos nacionales de investigación tecnológica de punta —con la participación de centros universitarios de excelencia— sino que llega a abrir mercados externos que pueden constituir áreas ventajosas de penetración económica general.

Otro aspecto del “crecimiento económico” también se vincula a la defensa; se trata del “acervo patrimonial externo”, ese conjunto de vínculos comerciales, inversiones, tecnologías, patentes, *royalties*, participaciones e intereses económicos de todo tipo que, por su importancia, pueden volverse necesarios, cuando no imprescindibles, para la marcha del esquema económico nacional en su contexto general. Ello genera importantes intereses que, en su creciente significación, pueden promover tendencias hegemónicas, todo lo cual amplía los intereses nacionales considerados vitales, dando margen al surgimiento de conflictos externos, tanto más inevitables cuanto más comprometida esté la mantención del alto nivel de desarrollo que haya alcanzado el Estado desbordante. Esto se hace muy evidente en el caso de las grandes potencias, las que, comúnmente, vinculan muy desinhibidamente sus intereses na-

cionales con las demandas de su economía externa, siendo frecuente que su política de seguridad ponga en ejecución los planes derivados de su política de defensa, llegando con ello a comprometer el empleo de sus fuerzas armadas en apartadas regiones de ultramar, para dar protección a elementos de este “acervo patrimonial externo”, cuando se han convertido en vitales para mantener en el país niveles de prosperidad considerados irreductibles¹⁸.

También los elementos “madurez científica y técnica” y “liderazgo innovador” del “crecimiento económico” pueden crear serias situaciones de conflicto por regulaciones administrativas en resguardo de la propiedad intelectual, de las patentes de invención, por homologación de títulos profesionales o por transferencia de tecnología o ciencia aplicada en campos muy sensibles como la física, la química, la misilística¹⁹, la energía, las telecomunicaciones, el espacio exterior, la teledetección, etc., generando situaciones de crisis en las que las potencialidades de la fortaleza tienen la oportunidad de hacerse presente, sin perjuicio del respaldo disuasivo o del eventual empleo efectivo de los medios de defensa. Estos mismos exitosos elementos del crecimiento económico dan margen a una muy alta valoración de aquellos rasgos nacionales, propios de la fortaleza, que han permitido tales logros, afectándose recíprocamente en forma positiva.

El otro pilar del desarrollo, el “progreso social”, se vincula muy estrechamente al elemento fortaleza por medio de la proyección de la “holgura social”, cuyos buenos niveles de vida trascienden favorablemente hacia sectores menos calificados de la población, e incluso hacia los marginados, fomentando una progresiva cohesión nacional que, canalizada por la fortaleza, apunta hacia la “nación en forma”, condición que es de tan vasta y positiva repercusión en la seguridad. Esta circunstancia, por otra parte, eleva progresivamente el nivel base desde el cual se inicia la capacitación laboral-profesional, aumentando la productividad y elevando el nivel de remuneraciones; así se genera esa dinámica espiral “solidez económica-progreso social” que, en su sostenida evolución, exigirá y respaldará una defensa nacional

¹⁸ Estados Unidos declaró que el golfo Pérsico era un área vital para el país. Se trataba de defender sus intereses petroleros.

¹⁹ Estados Unidos sancionó con medidas comerciales a China por haber continuado su exportación de misiles, en este caso, a Pakistán. También presionó a Argentina para que desmantelara y destruyera todo vestigio de producción del misil *Cóndor II* y las presiones actuales sobre Corea del Norte por su desarrollo nuclear.

permanentemente adecuada a las crecientes demandas de esta "holgura social", la que, al hacerse cada vez más exigente en términos de consolidación, ampliación y superación, puede necesitar proyectarse y dar margen, eventualmente, a delicadas situaciones de competitividad externa, proclives al antagonismo y al conflicto.

También puede ocurrir, dado el factor "alto nivel cultural" del progreso social, que por la impaciencia de las sociedades más poderosas por imponer compulsivamente la vigencia universal de específicas modalidades de ordenamiento político interno, o por el rechazo generalizado en todos los países a fenómenos alienantes como la transculturación, la drogadicción, el terrorismo, el racismo, etc., o por el tráfico ilícito de narcóticos, de niños, de órganos, o por prácticas antisociales como el secuestro o la piratería, puedan surgir conflictos, a nivel de crisis, que pongan en acción a la fortaleza y, eventualmente, a la defensa; igualmente, pueden ocurrir situaciones críticas generadas por un "chauvinismo" agresivo o por un fundamentalismo religioso de carácter militante, dando margen a conflictos particularmente fieros y muy destructivos, no sólo de vidas y bienes, sino del difícilmente recuperable espíritu de concordia y amistad internacional.

Otra vinculación entre fortaleza y progreso social se da en el campo de las actuales características de la economía más avanzada. Está quedando en evidencia en las grandes potencias, y ello puede extenderse a otros Estados en franco avance hacia un estilo moderno de desarrollo económico, que la evolución de las estructuras del sector trabajo tienden a crear tres sectores bien definidos; un primer nivel, que conforman los profesionales catalogados como simbólico-analíticos, con alta capacidad de abstracción y equivalentes altas remuneraciones, de carácter esencialmente cosmopolita, pues requieren optar a contratos en cualquier parte del mundo, prefieren residir en aquellos países donde sea más grato su ambiente de trabajo; allí se agrupan, por regla general, en exclusivos sectores suburbanos, donde disponen de múltiples servicios propios, muchos de ellos financiados directamente, autososteniéndose casi desconectados del resto de la ciudad. El nivel intermedio es el de servicios a personas; depende mucho del anterior para puestos de trabajo, llegando a alcanzar una buena capacita-

ción profesional. El nivel bajo corresponde al trabajador rutinario en procesos productivos de alto volumen, en la línea de las actuales grandes empresas. Estos dos últimos niveles tienen remuneraciones sensiblemente menores y, por vivir en plena ciudad o campo, son los que, efectivamente, costean el entorno comunitario e infraestructura nacional²⁰.

Lo anterior plantea un serio desafío a la identidad nacional, pues el desapego del sector alto corresponde al grupo más capacitado e ilustrado de cada nación, ese que habiendo recibido de ella más que los otros, si no reside en su país es el que menos retribuye económicamente y el que más descapitaliza humanamente.

Por ello, su país de trabajo, que es donde económicamente se radica el capital y se agrega el valor al producto, es determinante para impulsar una economía nacional; como un buen sistema de comunicaciones es esencial para su labor, que consiste en transmitir ideas, el hecho de disponer de buenos servicios de este tipo, junto a condiciones de vida gratas, permitirá a un Estado retener con facilidad a sus ciudadanos en su propio territorio, evitando así que la nación pierda sus aportes y el profesional su identidad nacional.

De esta manera, invertir en preparación de profesionales de elite sigue siendo rentable si, paralelamente, se invierte en el mejoramiento de la infraestructura técnica y residencial, siempre y cuando la fortaleza logre sustentar y consolidar en tales profesionales una identidad nacional suficiente para que prefieran permanecer en el país, facilitando el más avanzado desarrollo nacional.

Queda así patente la amplia gama de contactos entre la seguridad y el desarrollo, todo lo cual reafirma que, si bien ambos objetivos nacionales superiores tienen particularidades funcionales diferentes, lo que les permite una divergente o alternada utilización de los recursos humanos y materiales disponibles, así como una programación diacrónica a distinto ritmo, en realidad son actividades que se entrecruzan continuamente en apoyo mutuo, por lo que no es dable considerarlas esencialmente competitivas ni, mucho menos, excluyentes ni antagónicas.

El desarrollo implica fundamentalmente la incorporación del conocimiento para provocar cambios fecundos en la producción y en la distribución de bienes y servicios, permitiendo un

²⁰ *El Trabajo de las Naciones*. Robert B. Reich, Javier Vergara Editor, pp. 314 y ss.

mejor nivel de holgura social; la seguridad aprovecha el conocimiento para cautelar que el goce de la abundancia no tenga que pagar el precio de un grave deterioro de la propia identidad nacional.

En resumen, el desarrollo tiene como guía a la ciencia, que surge del conocimiento a través del prisma de la lógica y la práctica, y la utiliza teniendo como meta la prosperidad y como freno al riesgo; la seguridad tiene como guía a la cultura, que surge del conocimiento a través del prisma de la ética y la reflexión, y la utiliza teniendo como meta la autenticidad y como freno la prudencia. La combinación de ambos grandes sectores de actividades, sin desmedro de uno en beneficio del otro, es la que permite la satisfacción plena del interés nacional, esto es, del bien común.

PERSPECTIVAS MUNDIALES

Al término de la llamada "guerra fría", que mantuvo al mundo escindido en dos vertientes político-ideológicas contrapuestas, se ha dado paso a varias alternativas de futuro, cada una de las cuales presenta un distinto escenario.

Uno de ellos es el que enfatiza el factor interdependencia económica, la que impulsaría una coexistencia cada vez más estrecha entre todos los pueblos del mundo, conformándose lo que se ha dado en llamar la "aldea mundial". En esta misma línea, otros plantean directamente la más rápida disolución de la actual estructura nacional e internacional basada en Estados-Naciones, los que estarían entorpeciendo el más pleno desarrollo de la Humanidad²¹.

Otro escenario sería el de un explosivo resurgimiento de los nacionalismos, que el esquema de la guerra fría había mantenido sometido por la preeminencia de los intereses hegemónicos dominantes.

Otra visión, muy comentada por su arrogancia y, tal vez, por su excesiva anticipación,

es aquella que preconiza el fin de la historia, planteando que en materia de ideología política ya habría un acuerdo universal en aceptar como fórmula óptima y, por lo mismo, insuperable, a la democracia liberal, esto es, la fusión de una democracia representativa con una economía social de mercado, por lo que ya no habría razones para pensar en conflictos mundiales de carácter grave (Francis Fukuyama).

Un distinto escenario es el que realza la significación de las principales culturas presentes en el mundo, implicando que las diferencias en sus valores y creencias son de tal entidad que difícilmente podrían asimilarse, perfilándose, en cambio, tendencias confrontacionales²².

De los cuatro escenarios descritos, dos vislumbran una perspectiva dominada por la cooperación, con tendencias a un mundo crecientemente integrado y homogéneo: La aldea mundial y el fin de la historia. Los otros dos, en cambio, perfilan un mundo en el cual persisten núcleos de poder cuyas relaciones mutuas, si bien incluyen nexos de cooperación, plantean también situaciones de conflicto, debido a persistentes diferencias en el campo económico y, aún más esenciales, en el ámbito cultural.

Los magros resultados de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Derechos Humanos, realizada recientemente en Viena, evidencian una falta de consenso que respalda a estos últimos escenarios, más realistas que los dos anteriores. En dicha reunión, Occidente trató de dejar establecido que los derechos humanos son de carácter universal y, por lo mismo, son tanto genérica como específicamente definibles; sin embargo, tal propuesta no fue compartida por representantes de Oriente ni por muchos del Sur, quienes insistieron que en este tema no podían dejarse de lado "especificaciones culturales".

Por otra parte, las dificultades ocurridas en el ámbito europeo por mantener las paridades cambiarias en el marco de su Sistema Monetario

²¹ "Jean Monet revolucionó el concepto de Europa, definiéndola por su economía primero y por la política después, o quizá nunca. De modo que así se formó la Europa real: la de los empresarios primero y la de los ciudadanos después(...). Los empresarios, los comerciantes y los ciudadanos se han convertido en seres autónomos y adultos, hasta tal punto que cuestionan la necesidad de que existan Estados nacionales onerosos y molestos". Guy Sorman (*El Mercurio*, Sep. 11/93). También, Mario Vargas Llosa, *El Mercurio*, 3-10-93.

²² "Ahora que ha terminado la guerra fría, la política internacional está saliendo de su fase occidental. De ahora en adelante el centro de la política mundial será la interacción entre las culturas occidentales y no occidentales(...). Hay muchas razones para esperar que las fallas que separan a las civilizaciones —por ejemplo, las existentes entre Occidente, por un lado, y las sociedades confucianas del este de Asia y el mundo musulmán, por el otro— serán la línea de batalla del futuro". Samuel Huntington (*El Mercurio*, 26-8-93).

llevaron a adoptar una ampliación de la banda; ello dejó prácticamente en flotación a las monedas y alejó gravemente las perspectivas de una unión monetaria, considerada un requisito previo a la plena integración. Todo ello constituye un llamado de alerta para desarrollar ese proyecto de integración a un ritmo más pausado que, en vez de seguir la aceleración vertiginosa de los procesos económicos, reconozca la más lenta cadencia de las evoluciones sociales, particularmente renuentes a saltar etapas que puedan poner en peligro las identidades nacionales, que son esenciales para el desarrollo pleno de cada personalidad individual.

Hace meses, Dinamarca puso condiciones a su apoyo al tratado de integración plena y, no hace mucho, Noruega rechazó en las urnas una proposición para unirse a la Comunidad. Surgen así actitudes que estiman que más vale actuar con cautela antes de sumarse al recurso tan en boga de la integración, el que, con su tendencia a substituir los beneficios de una dura competencia internacional por las autoritarias regulaciones comunitarias, puede reducir los niveles efectivos de eficiencia social ya alcanzados, los que podrían ser mejor aprovechados a través de fórmulas de concertación o asociación, de cobertura marcadamente económica.

Es importante tener presente, además, cuán intensamente se ha acentuado el renacer de la identidad nacional, provocando una nutrida proliferación de nuevos Estados que surgen a la vida independiente, pese a la fuerte atracción centrífuga de los irradiantes lazos económicos que, naturalmente, prefieren un mínimo de interferencias fronterizas. Fuera de ello, se percibe con claridad que los Estados más consolidados reorientan su accionar económico hacia un creciente proteccionismo, el que es alimentado por agentes internos aquejados de ineficiencia o desempleo, los que reclaman hacer efectivos, ante la competencia foránea, los privilegios que entienden se les deben por el simple hecho de ser miembros plenos de la sociedad nacional²³.

Un caso aún más significativo es el de los pueblos árabes, que, a pesar de su estrecha vinculación religiosa y de su tradicional planteamiento de formar una sola "nación árabe", a la postre han consolidado, en cada uno de los casos, un fuerte Estado-Nación, y hoy vemos como todos ellos se insertan en la estructura internacional como actores perfectamente definidos en su particular personalidad. Los recientes avances de la OLP para transformarse en un Estado-Nación confirman lo anterior y son un claro mentís a quienes han pronosticado la inminente declinación de este eficaz modelo de organización política.

Por último, no es posible dejar de mencionar que el hecho más importante ocurrido en el ámbito internacional inmediatamente después del desplome del totalitarismo soviético, ha sido la reunificación alemana, que logró superar no sólo al antinacionalismo interno que aún paga su deuda histórica por haber respaldado a Hitler, sino la abismante diferencia política y económica entre ambos sectores, y todo ello aun a costa de generar la más desastrosa coyuntura económica que hoy mantiene estancada a la otrora pujante locomotora europea, y ha provocado la desestabilización del sistema monetario comunitario con su lapidario efecto sobre los dificultosos avances políticos de un Tratado de Maastrich, ya casi vacío de contenido real.

Es así como vemos que a lo ancho del mundo este factor de identidad nacional ha sido capaz no sólo de fundir en una sola a las dos Alemanias, sino que logró descalabrar a la URSS y a Yugoslavia, permitiendo renacer como Estados soberanos a varios sufridos entes nacionales, por vías tan extremadamente dolorosas que no pueden sino realzar la profundidad de dicha decisión de sacudir el yugo de una forzada integración o de una intolerable ocupación y dependencia.

Una perspectiva objetiva es, pues, que pese a los intensos lazos económicos, habrá que aprender a convivir internacionalmente aceptando las diferentes variables culturales propias de cada país²⁴ o, en el mejor de los

²³ El Canciller galo Alain Juppé declara que mantener las condiciones de comercialización de su producción agrícola según el acuerdo EE.UU. CCE, de Blair House, afecta en forma intolerable el interés vital de Francia.

²⁴ "El cristianismo, al mismo tiempo que se convierte en el mediador de la civilización grecorromana, se convierte, por su respaldo a los valores nacionales, en el crisol de la identidad cultural que los pueblos europeos no habían podido alcanzar. Al mismo tiempo que echa las bases de una civilización europea común, consolida la identidad particular de cada pueblo. Por eso, el cristianismo es el lazo viviente que une, pero respetándolas, las diversidades nacionales. Este equilibrio es el que debe ser preservado para toda construcción futura de la unidad europea, como la condición para una convivencia armoniosa entre los pueblos y como la garantía de

casos, adhiriendo a grandes conglomerados de naciones que conforman un mismo tipo de civilización, teniendo presente, eso sí, que en este caso habrá que aceptar el alero conductor del actor internacional que evidencie una más sólida fortaleza nacional.

De aquí que cada nación que se ha instituido políticamente como un Estado y que, en tal condición, tiene la necesidad de participar en el sistema político internacional, ve ampliado el campo de su seguridad mucho más allá del tradicional ámbito de la defensa nacional, que es el que resguarda la integridad territorial y las vías que lo vinculan internamente y lo insertan en el mundo exterior, todo lo cual conlleva la supervivencia poblacional y el libre ejercicio de la soberanía, permitiéndole en su conjunto lo que le es esencial: Existir. A tal condición cabe agregar como reales factores de trascendencia para la seguridad aquellos que sustentan la fortaleza, tales como la vitalidad poblacional —reflejada en un ambiente limpio y útil para una sana calidad de vida— así como un amplio poblamiento territorial, una ausencia de focos críticos de marginación social y una sólida cultura cívica que se manifiesta en una convivencia comunitaria armoniosa; una efectiva participación ciudadana y una estrecha unión nacional, caracterizada por la más firme adhesión a valores culturales comunes, todo lo cual, conformando una sólida identidad nacional, se conjuga para satisfacer algo que es más que la mera existencia, esto es, la indomable voluntad de ser.

Es así como la seguridad nacional, combinando el interjuego multiplicador de sus factores componentes con una sostenida persistencia en el tiempo, permite al Estado-Nación no sólo existir y ser, sino pervivir y trascender, y es sobre esta sólida base que podrá participar con más libertad de maniobra en el juego interestatal que, hoy más que nunca, por el altamente interdependiente y competitivo sistema internacional de nuestros tiempos, es decisivo para la prosperidad nacional.

PERSPECTIVA NACIONAL

Desde el punto de vista de la fortaleza, Chile tiene una condición muy compleja.

En cuanto a territorio su conformación es poco favorable, pues su extrema angostura y su gran longura lo dejan expuesto a presiones geopolíticas externas, que han quedado patentes en su devenir histórico, y cuyo peso aumenta la necesidad de su continua observación y prevención. Por otra parte, su extraordinaria extensión, en el sentido de la latitud geográfica, crea distintas zonas en las que el clima y el entorno generan ámbitos proclives al regionalismo, frente a lo cual, un manejo efectivo de la fortaleza ha orientado en el país, desde sus orígenes, la adopción de una concepción política unitaria que busca consolidar la nación y evitar su fraccionamiento. La persistencia de esta inflexible política de intencionalidad cohesionante ha provocado un fuerte centralismo que deriva en un muy irregular poblamiento territorial, con graves repercusiones para el desarrollo equilibrado del país en términos socioeconómicos y culturales, evidenciándose que esta situación, paradójicamente, debilita el sentido de nación. La reciente normativa regional pretende construir dicho equilibrio, a fin de aprovechar en todo su valer las grandes potencialidades del territorio y disminuir las diferencias en calidad de vida que afectan a la cohesión nacional. Al parecer, la escasa densidad poblacional ha influido en la débil valoración espacial del chileno, a quien no le preocupan mayormente los límites territoriales, considerándolos relativamente irrelevantes frente a otros valores como la buena vecindad o una favorable imagen internacional. Tal vez, apreciaciones negativas de hombres públicos muy respetados puedan estar en el origen de esta desaprensión nacional²⁵. Lo anterior también se refleja en la escasa valoración de las extensiones marítimas que, quizás por su magnitud, no se aprecian en la medida que realmente influyen en la vida nacional; ni siquiera las sobresalientes experiencias navales que desuellan en nuestra historia logran internalizar

eficiencia de un gran conjunto comunitario... Amenaza este equilibrio siempre frágil, la exasperación de las particularidades y la expresión agresiva de las identidades nacionales... Por eso nuestro deber es recordar, a todos, las bases comunes sobre las cuales será posible construir una civilización del amor, respetando la dignidad de cada pueblo". Cardenal Paul Poupard (*El Mercurio*, 26-9-93, pp. 10-11).

²⁵ "No dejo por eso de sentir el más vivo regocijo al saber que las dos Repúblicas hermanas y amigas no se despedazarán como perros por el hueso pelado que se llama la Patagonia". 'Carta de Benjamín Vicuña Mackenna a Mariano E. de Sarratea, Cónsul General de Argentina en Chile'. Citada por Tulio González Abuter en *Negociaciones chileno-argentinas de límites (1871-1881)*, publicación INPATER, Santiago, 1988, p. 12.

favorablemente al territorio marítimo en la conciencia nacional. Las condiciones telúricas del territorio, con su fuerte carácter sísmico, tienen un efecto negativo y directo sobre la infraestructura nacional, afectando la capacidad de enlace y unión física, y otro indirecto sobre el patrimonio cultural, al destruir construcciones que son vínculos históricos; sin embargo, influyen positivamente en el carácter tenaz y solidario de la nación.

En cuanto a población, su situación es buena. Si bien es relativamente escasa y con una modesta tasa de crecimiento, lo que limita sus perspectivas como masa de producción y mercado de consumo, puede considerarse un factor que facilita la cohesión, por aquello de: "en Chile todos nos conocemos". A ello se agrega que, a pesar de los variados aportes autóctonos y foráneos, mantiene una apreciable homogeneidad étnica que es muy favorable para la unidad nacional. La inmigración no es muy abundante, pero es de calidad; ha impulsado el desarrollo y ha favorecido la cultura general, elevando su nivel y ampliando su cobertura, respetando los valores del ser nacional y asimilándose a las costumbres de su población. A través de las fronteras no se aprecia una mayor presión inmigratoria que pudiera generar el asentamiento de minorías disociadoras, pero sí se evidencia una tendencia emigratoria que revela una falta de oportunidades para una población inquieta y capaz que ha entrado de lleno en la moderna estructura del sector laboral-profesional, éxodo que redundará en un debilitamiento nacional, toda vez que, además, se incrementa con el de menor calificación, especialmente en regiones del sur y con el de localidades portuarias, con más oportunidades de salir a aventurar; en general, el sector laboral es muy dinámico y se está orientando hacia una capacitación profesional de corte cosmopolita. La estructura del sector laboral está en notoria renovación y se estima que para principios de siglo cerca del 50% serán ejecutivos y profesionales, esto es, simbólico-analíticos y de servi-

cios a personas, y alrededor del otro 50% serán trabajadores industriales y del campo²⁶.

En el campo de la identidad nacional hay tendencias preocupantes. El desarrollo histórico presenta un siglo XIX pujante, en el que se forja la nacionalidad y hay cohesión del cuerpo social; las actividades nacionales más importantes, la economía, la educación y la defensa, orientan su manejo —salvo la agricultura— principalmente por modelos foráneos; sin embargo, el sustrato cultural de la sociedad chilena es relativamente nacional, en base a la gravitación del campesino, del artesano urbano y rural y del hombre de armas, todo lo cual se ve fortalecido por la acción de culturización de la Iglesia chilena, por el esfuerzo académico de la Universidad de Chile, de claro liderazgo nacional²⁷, y por la fecunda proyección patriótopopular de las fuerzas armadas. Sólo a partir de la década de los años 90 comienza un cierto debilitamiento de la conciencia nacional y de la vocación nacional, manteniéndose remanente un vigoroso sentimiento nacional, que no es suficiente para sustentar buenos niveles de identidad nacional.

En el siglo XX esa condición se acentúa y da paso a una gran movilidad social, impulsada por la profesionalización universitaria, rol tutelar que la Universidad de Chile poco a poco debió compartir con otros centros de estudios de más atenuada sensibilidad nacional. El estamento profesional emergente es propenso a la ideologización de la política contingente; paralelamente, el estamento militar, reiteradamente empleado en funciones represivas de control de orden público, va cuestionando en su fuero interno la eficacia de tal política. En la década de los años 20 un incordio social grave provoca una intervención militar que, de una u otra manera, dura hasta 1931. En el intertanto, la tradicional Iglesia chilena queda separada del Estado y pasa a ser la Iglesia en Chile, en circunstancias que la Santa Sede elabora en esa misma época consideraciones ambiguas sobre nacionalismo moderado y excesivo. La

²⁶ Carlos Hurtado, Ministro de Obras Públicas, en un Seminario en Londres sobre inversión extranjera (*El Mercurio*, 16-9-93, p. B-2).

²⁷ "Por eso, a diferencia de lo que ocurrió en el Viejo Mundo, en el Nuevo ella (la Universidad) fue desde el primer momento uno de los soportes de la nacionalidad. Pasó a ser un factor de primer orden dentro del complejo proceso de aculturación y transculturación que culmina en formación de la nacionalidad (...). De esta suerte, en contraste con la europea, que nació multinacional, atrayendo a sus aulas a gente de diversas naciones, la universidad indiana tiene desde el primer momento tendencias nacionales. Por cierto, el saber que en ella se transmite y cultiva es, en sí mismo, universal. Pero su cultivo y su transmisión están ligados a un medio cultural determinado, a un país y a una gente, a unos intereses que, en mayor o menor medida, pueden calificarse como nacionales". Bernardino Bravo Lira (*El Mercurio*, 29/8/93).

interacción socio-cultural civil-militar después del 31 se hace casi nula.

Durante la segunda mitad del siglo, las corrientes políticas se hacen aún más dependientes de lineamientos foráneos; en medios castrenses hay preocupación por el destino nacional, dada la evidente ausencia de instituciones claramente comprometidas con el fortalecimiento de la identidad nacional²⁸. Se acentúa una clara incongruencia entre las concepciones crecientemente flexibles de la clase política respecto de la importancia de lo nacional y las de otros sectores, incluido el pensamiento militar, mucho más categóricos sobre el particular.

Los desvaríos políticos de los años 70 alcanzaron, para la apreciación militar, ribetes de escándalo, no sólo por su creciente dependencia de una potencia practicante del más arrasante imperialismo ideológico de abierta contraposición con los valores esenciales de la nacionalidad, sino por su ineficacia para resolver las difíciles condiciones de los sectores populares, que apreciaban directamente a través de su permanente contacto con el pueblo trabajador, así como por la extrema virulencia de su revanchismo social y por su desquiciador accionar violentista, que incluía la inaceptable presencia de un verdadero ejército irregular de extranjeros y un sinnúmero de dirigentes foráneos enquistados en servicios públicos de la mayor jerarquía nacional, todo lo cual repercutía en la capacidad nacional de reacción frente a amenazas externas que eran alentadas por el propio deterioro de la situación nacional.

La irreductible reacción de los sectores nacionales más afectados por el caos económico y administrativo en que estaba sumido el país; las demandas angustiosas de un cambio de rumbo, con manifestaciones de prensa y callejeras, cada vez más desaforadas y multitudinarias, así como las cautelosas pero graves advertencias al Ejecutivo por parte de los demás poderes públicos, dieron forma, por parte de las Fuerzas Armadas y de Orden, a un acto de imposición del orden público y al establecimiento de una autoridad restauradora de la institucionalidad quebrantada, como paso previo a una modernización global del Estado para impulsar prioritariamente el desarrollo nacional y reforzar las bases de la comprometida seguridad nacional.

La década de los años 90 encuentra a Chile relanzado en una senda inédita de consolidación y proyección, basada en fórmulas y procedimientos de todo tipo que configuraron un lineamiento esencialmente nacional que, junto con lograr sus propósitos fundamentales, dio un vuelco altamente positivo en la valoración de lo propio y augura un pronto despegue como país próspero y seguro.

Enfrentados a esta realidad, caben nuevas consideraciones.

En Chile, los análisis en torno a la defensa, el crecimiento económico y el progreso social han tenido muchos cultores y organismos públicos y privados, no exentos de frondosidad; sin embargo, ha faltado un esfuerzo sistemático para utilizar los enfoques precautorios, salvo, últimamente, los relacionados con el impacto ambiental.

Todo lo anterior recomienda que las cuestiones de seguridad, defensa, fortaleza y desarrollo, no sólo se mantengan en el nivel de la alta política, sino que su análisis sea hecho en base a metodologías apropiadas de evaluación, sin prejuicios conceptuales ni resentimientos residuales de situaciones contingentes, evaluando en su real significado la esencia de las correspondientes demandas y las más adecuadas formas de satisfacerlas.

Sólo así podrá revertirse la desconsideración, hoy en día predominante, que crea una espiral decreciente respecto de la seguridad, tanto por debilitamiento del respaldo a la defensa como por falta de comprensión y escaso apoyo específico a la fortaleza. Por eso es importante lograr la desideologización del polémico tema defensa o desarrollo; para ello, nada mejor que incorporar entre tales términos, considerados por muchos como dicotómicos, a la fortaleza, cuya estrecha vinculación con ambos permite su ajuste en forma menos excluyente, pues crea entre ellos un nexo sin solución de continuidad que restablece la perspectiva integral del interés nacional y atenúa los efectos negativos que esa artificiosa disyuntiva ha tenido, y aún tiene, en el debate político nacional.

En este esquema conceptual se estima que el sector castrense estará, muy probablemente, especialmente dispuesto a contribuir —como de hecho lo ha estado haciendo desde siempre— a favorecer las actividades vinculadas a la

²⁸ "La responsabilidad cultural y artística es un asunto demasiado importante para que quede postergada ante otras funciones. La investigación, creación, difusión y conservación del patrimonio cultural nacional no pueden ni deben ser abandonadas ni por la universidad ni por el Estado ni por nadie, porque sin nuestro patrimonio cultural no seríamos nada". Roberto Escobar Budge (*El Mercurio*, 28-9-93, p. A-2).

fortaleza, tanto en aquellas tareas destinadas a ampliar y aclarar en la civilidad la perspectiva integral que modelan los objetivos nacionales fundamentales, así como en darle viabilidad a aquellas otras actividades que se orientan a desarrollar una cohesionante acción social básica. Es probable que ello incremente aún más el nexo directo que siempre ha existido entre las instituciones militares y las mayorías poblacionales, pues implicaría un refuerzo de las actividades que, históricamente, han estado desarrollando a través de la inserción social de los familiares del personal de planta, de la formación integral que imparte en sus escuelas matrices, del culto a la tradición nacional que se plasma en ceremonias y despliegues patrióticos, de las actividades habituales de acción cívica, así como las de socorro en emergencias, de resguardo en actos eleccionarios y de colonización en áreas remotas, y, muy especialmente, a través de la generalizada y formativa instrucción propia de la conscripción militar, cuyo carácter obligatorio realza el privilegio ciudadano de ser participe aleatorio de jornadas de duro entrenamiento para la defensa del territorio y para acciones solidarias en beneficio de la comunidad, todas las cuales decantan, con su rigor, los valores más preciados de la nacionalidad.

Este particular enfoque de la relación civil-militar conlleva la procedencia de incorporar efectivamente el pensamiento castrense a las apreciaciones globales que conducen a la formulación de las políticas nacionales básicas, sin que ello implique, necesariamente, concurrir a las resoluciones correspondientes. Esta sola participación puede incluso ser poco aceptable para quienes se engrifan a la sola mención de la expresión seguridad nacional, la que ven llegar con un nefando séquito de entes y actos represivos.

No obstante, tales fantasmagorías obnubilan la más nítida comprensión del planteamiento esbozado. Esta visión tiene su mejor expresión en países de tan diversos regímenes políticos como Suiza, Finlandia e Israel, en los que una sociedad nacional orgullosa de su propia identidad, celosa de su soberanía y comprometida con la particular fórmula de su calidad de vida —así como también consciente de los riesgos y costos que la conservación y perfeccionamiento de todo ello implica— es capaz de apreciar, con una firme fortaleza, las exigencias globales que demandan la defensa y la seguridad nacionales, aceptando con predisposición anímica positiva los lineamientos que las correspondientes políticas establecen.

Un Estado-Nación como el nuestro, con su

experiencia histórica y su carácter democrático, bien puede exigir una superior ponderación política que trace, con la concurrencia de las más acrisoladas luces de la actualidad y del pasado, un definido perfil de los objetivos políticos fundamentales en el marco de "políticas de Estado", confiando en que cada período presidencial —tanto más si fuese de corta duración— respetando esos amplios lineamientos que evitarían los vaivenes dramáticos de otras épocas ya superadas, logrará administrar la coyuntura con tal tino y eficiencia que, a su término, no le será difícil recoger, inequívoca y efusivamente, un merecido y rotundo voto de "bien hecho".

Estos planteamientos inciden naturalmente en las no siempre coincidentes perspectivas propias del pensamiento civil y del militar. Con todo, es de capital importancia acercar estas dispares percepciones sectoriales para avanzar hacia un consenso generalizado sobre la conveniencia nacional de debatir estas cuestiones en base a conceptos que presenten una visión integral del quehacer nacional. Ello promoverá la formación de una conciencia nacional y estimulará la motivación ciudadana para atender, en adecuados términos, tanto las necesidades de un creciente desarrollo como las de la defensa, que siempre requerirá repotenciar sus dispositivos pues deberá dar protección a un patrimonio nacional en sostenido crecimiento.

Se conformará así una sólida integración civil-militar, consubstancialmente propia de una nación cívicamente fuerte, siendo muy probable que refuerce consistentemente lo ya avanzado en cuanto a avenimientos conceptuales y transite más ágilmente hacia un cabal convencimiento mutuo, que los lleve a todos a la profunda convicción de que el Estado-Nación es una entidad sólida en lo socio-político, eficiente en lo socioeconómico y, por sobre todo, insustituible en lo socio-cultural.

La perspectiva descrita se inserta así en la realidad del mundo actual, marcadamente conteste en cuanto al ordenamiento político y económico que prevalecerá en el próximo futuro y en el cual ya no se concibe a las sociedades escindidas en una cultura civil y otra militar, sino que se parte de la base de que cada Estado está sustentado en una madura nación, cuyos miembros comparten valores esenciales para la conformación del orden institucional y respaldan un mismo interés superior, todo lo cual los impulsa, cohesionadamente, hacia un destino común y los marca con un profundo y muy apreciado sello distintivo que les permite constituir un Estado-Nación en forma, esto es, que sabe reafirmar su propia identidad, enaltecer su

estatura internacional y hacer respetar la dignidad nacional.

Todo el encuadramiento conceptual aquí planteado, que bien podría parecer un mero ejercicio intelectual que presenta un esquema teórico de cuestionable interés académico, está realmente concebido como una idea que conlleva una fuerte intencionalidad práctica, que no es otra que abrir nuevos cauces para definir roles y diseñar funciones que junto con lograr

una coordinación más armónica del esfuerzo de todos permita una percepción más clara de las distintas facetas del quehacer nacional y aprecie cuán estrechamente interdependientes pueden ser sus actividades, teniendo presente que todas ellas tienden, concurrentemente, a hacer realidad las metas que, perfiladas en una confiable seguridad y en una sustentable prosperidad, conforman el promisorio destino nacional.

BIBLIOGRAFÍA

- **Sturzo, Luigi:** *Nacionalismo e Internacionalismo*, Ed. Humanismo, Buenos Aires, 1962.
- **Pratt Fairchild, Henry:** *Diccionario de Sociología*, F.C.E., Méjico, 1966.
- **Renouvin, Pierre y Duroselle, Jean B.:** *Introducción a la Política Internacional*, RIALP, Madrid, 1968.
- **Horowitz, Irving L.:** *Fundamentos de Sociología Política*, F.C.E., Méjico, 1986.
- **Aron, Raymon:** "Guerra y paz", *Revista de Occidente*, Madrid, 1963.
- **Reich, Robert B.:** *El trabajo de las Naciones*, Javier Vergara Ed., Buenos Aires, 1993.

